

Plum Tree I (Hijo de la ira)

Periodista Fantasma



Image not found.

Capítulo 1

PRÓLOGO

La melodía de la lluvia empapaba el silencio de la habitación, chocando ferozmente contra las paredes de piedra del centro y resbalando con sutileza sobre las capas de pintura blanca, así como los dedos de un violinista se deslizan entre las cuerdas de su instrumento.

El contrachapado de madera crujía en la habitación de arriba, destapando las persistentes pisadas de alguno de sus compañeros y los susurros hilarantes que se escurrían por las bocas de sus emisores, dando a entender que algo grave estaba ocurriendo, quizás se debía al accidente originado por su joven estudiante o tal vez fuera debido a algún otro asunto de importancia.

Aun así, ni el sonido de la incesante lluvia ni los persistentes interlocutores eran capaces de alterar el silencio, una de las normas implícitas y no especificadas de la habitación.

Sèvres, quien había sumido en ruidos y vivido las desgracias y penurias propias de los soldados de bajo rango tras dos Génesis seguidos, había aprendido a reconocer el silencio en batallas, a sumirse en la sincronía de su adversario y a calmar sin palabras a fieras salvajes. A pesar de todo, sentía que nada de lo que había tratado de inculcar a ese chico le había llegado realmente.

De repente, el silencio imperturbable que reinaba en la habitación fue opacado por las feroces pisadas del aprendiz contra el suelo de mármol de la sala de los espejos. Se oía el vago eco de las voces de sus compañeros en la distancia, llamándolo.

— Ese muchacho debería aprender a dar la cara de vez en cuando. — suspiró el maestro incorporándose en el asiento y dejando de lado el reporte que acababa de recibir.

Con pisadas suaves y tranquilas, propias de alguien que conoce la vida y ha transitado los senderos de la penuria en más de una ocasión, Sèvres abandonó su despacho para llegar a la sala de los espejos, donde el aprendiz atizaba con fuerza severos golpes a uno de los maniqués con una espada de prácticas.

El joven tenía el arte, precisión y ligereza de quien lleva tiempo empuñando un arma; sin embargo, también poseía la torpeza y la ceguera que aportaba la ira al cuerpo.

— No ha sido mi culpa. — bufó el muchacho echándose atrás el flequillo oscuro. El aprendiz tenía el mal hábito de no querer cortarse el pelo hasta que este le llegaba más allá del cuello; y aun entonces, nunca se lo cortaba más de cinco dedos, de forma que el flequillo siempre le dificultaba la visión.

— Tampoco fue del maniquí, sin embargo, parece ser quien más afectado se encuentra por la situación. — contraatacó el viejo tutor, ganándose un molesto bufido por parte del aprendiz, quien ignoró las palabras de su viejo maestro y continuó atestando golpes al maniquí. Sèvres decidió no intervenir y esperar a que se calmara. De todas formas, nada bueno esperaba a los amigos de la ira.

Llegado a un punto, el aprendiz clavó la espada con tal fuerza en el cuerpo del maniquí, que esta se plegó y la empuñadura de cáñamo se fragmentó en astillas que se clavaron en las manos del muchacho, quien no tuvo más remedio que soltar la espada.

— ¿Piensas decirme ahora lo que ha pasado? — preguntó el maestro mientras el muchacho trataba de quitarse las astillas de la piel.

La sala de los espejos, como la llamaba la mayoría de la gente dentro del Centro de Entrenamiento del Oeste, era una amplia sala de suelos de un marfil tan pálido que Sèvres podía contemplar las suelas reflejadas de sus zapatos. La habitación en sí estaba completamente surcada por espejos que hacían las veces de paredes. “¡No parece una sala de entrenamiento!” fueron las primeras palabras que salieron de la boca del aprendiz nada más verlo. No había armas, ni dianas y apenas contaba con unos pocos maniqués que pendían de un grueso cable de acero al techo, el cual también era de cristal.

Lo que en aquel entonces el aprendiz no comprendía, era que la sala de los espejos no era sólo un lugar donde aprender movimientos, sino donde instruirse de sus errores. El constante reflejo de los espejos, que podía resultar abrumador y confuso en un principio, era capaz de convertirse en un objeto de apoyo a lo largo del tiempo, donde vislumbrar tus fallos y las debilidades del enemigo.

— ¿Acaso no lo sabes? — refutó el muchacho con hosquedad masajeándose los gemelos para calmar lo que su profesor pudo ver que era nerviosismo.

Tenía la camiseta negra completamente empapada en sudor, y los pantalones holgados se le caían más de lo normal por culpa de su estrecha cadera. No era como el resto de alumnos, de músculos tan marcados que los hacían parecer bestias salvajes. El aprendiz había sido inculcado para vencer con la cabeza antes que con los puños y a aprovechar más factores aparte de la resistencia humana. Era un chico

listo y con un gran sentido de la justicia, pero, debido a estas cualidades, también era propenso a sufrir constantes ataques de ira. Él bien sabía que el fuego se sustenta mejor de emociones puras que de sentimientos mezquinos.

— ¿Acaso te arrepientes tanto de tus actos como para no ser capaz de decirlos en voz alta?

— Hoy había un tío en el jardín trasero claudicando las glorias del grandiosísimo general Rakko. Simplemente le he dicho que un héroe no se mancharía las manos de sangre inocente.

Era normal que, siendo como era un centro en el que acogían a alumnos mixtos de cualquier nacionalidad, se encontraran aquellos pertenecientes a la facción de Rakko y otros a la rebelde. Por eso, una pelea normal hubiera terminado con una simple amonestación. Sin embargo, Sèvres y el resto de profesores estaban al corriente que aquella pelea había sido de todo menos normal.

— Eso es pan de cada día. —Reconoció el maestro— Lo que realmente quiero saber es qué ocurrió para que saltaras sobre él de la forma en que saltaste.

— Después, él dijo que gracias a la misericordia de Rakko, familias como la mía podían llevarse una simple migaja de pan a la boca. ¡Juro que no planeaba hacerle nada más que un par de moretones! Yo no quería...

— No mientas. Una parte de ti quería quemarle. — respondió el profesor por él, imaginándose la escena. Un alumno saltando sobre otro y asestándole un puñetazo. Sería una pelea corriente si uno de ellos no fuera un híbrido capaz de hacer que su cuerpo ardiese a más de quinientos grados Celsius sin control. Raro fue que terminara únicamente con un par de quemaduras de segundo grado— Sin embargo, en cuanto te diste cuenta de las consecuencias te arrepentiste.

El aprendiz agachó la mirada avergonzado haciendo al maestro sonreír. Estando en medio de la sala de los espejos como estaba, Sèvres se recordó a sí mismo que los fallos de un alumno son las virtudes que el maestro no ha sabido pulir y se preguntó si realmente estaría haciéndolo bien.

— No te preocupes. Es normal que todos nosotros tengamos algún que otro deseo oscuro. — Dictó el tutor minutos después, sentándose a su lado y contemplando el reflejo del pálido marfil— Son los que nos permiten saber que lo estamos haciendo bien. Sin embargo, tratándose de un poder tan inestable como el tuyo, estoy seguro de que necesitarás a

alguien que te enseñe a manejarlo correctamente.

— ¡Entonces enséñame tú! — exclamó el muchacho, provocando de nuevo la risa de su maestro. Ese joven maleducado y testarudo pocas veces habría oído hablar de las fórmulas de cortesía u agradecimiento. Y ya era demasiado tarde para que Sèvres se las inculcase.

— Pero yo soy un simple humano. Pedirme eso a mí es como pedirle a un gusano que enseñe a volar a un colibrí, Shadow.

— O sea, que me estás diciendo descaradamente que me vas a cambiar de maestro. — bufó el aprendiz cruzándose de brazos con contrariedad.

Hacía ya demasiado tiempo que lo pensaba, pero la verdad era que el joven aprendiz desencajaba por completo en el ambiente del CEO. Era demasiado vivo, demasiado expresivo, demasiado mordaz, demasiado libre como para aprisionarlo a unos criterios exactos y pulirlo para después encerrarlo en una jaula de cristal. Shadow necesitaba salir, un instinto primario en el cuerpo del joven que su maestro podía ver con suma claridad. Desde su llegada al CEO, el muchacho no había sentido un apego en especial hacia nadie, y, a pesar de juntarse con los gemelos Harmless, siempre lo había encontrado divagando en lugares oscuros o rincones apacibles de las inmediaciones del bosque. Sèvres sabía perfectamente los motivos del muchacho; su recelo a socializar y tratar de hacer amistades. Por eso, consideraba lo más correcto hacer lo que estaba a punto de hacer. Si ciertamente en sus manos no estaba el poder para calmar a su pupilo y enseñarlo concienzudamente, entonces claudicar y dejar que la vida se encargase de instruirle era su única opción.

— En realidad, estoy tramitando tu ficha de traslado.

— ¡¿Traslado?! — el pánico se apoderó rápidamente de las facciones del muchacho, haciendo que el pálido rostro de este se arrugara como una pasa rápidamente— ¿Adónde? ¿Por qué?

— A la base general de los rebeldes, cerca de Regeum. Estoy seguro de que allí sabrán cómo manejarlo.

— ¿Eh? Sigo sin entender por qué te quieres deshacer de mí con tantas ansias.

— Además, — continuó el maestro, ignorando por completo las críticas del muchacho— en la base de los rebeldes se agrupan muchos híbridos como tú que, por supuesto, pueden enseñarte a usar tu poder.

Aquel dato hizo que una pequeña parte de la cítrica expresión del aprendiz

se suavizara, aun así, no logró convencerlo del todo.

— Mejor será que vayas preparando tu equipaje. Me aseguraré que tengas un tren antes de que termine la semana.

No dio al muchacho espacio a réplica cuando lo echó de la sala, quedándose solo con un puñado de espejos y maniqués.

Sèvres era un simple humano que había logrado sobrevivir a dos Génesis y convertirse en una de las figuras más famosas de su época. A pesar de todo, no había conseguido domesticar ni un ápice de la bestia que ese muchacho guardaba dentro. “¡Vaya que sí estoy viejo!”, pensó mientras los ruidos de las pisadas del estudiante resonaban fuertemente por el pasillo. Confiado, valeroso, sin miedo, iracundo.

Sèvres se preguntó si lo habría educado lo suficientemente bien para crear en él algo más que cenizas.